# GALERÍA DRAMÁTICA

DE

# MANUEL P. DELGADO

COMPRENDE

LAS MEJORES OBRAS DE NUESTROS CLÁSICOS MODERNOS



OFICINAS

PASEO DE RECOLETOS, NUM. 10, PISO PRIMERO

MADRID

# LA CALENTURA

# LA CALENTURA

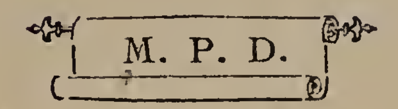
## CONTINUACION DE «EL PUÑAL DEL GODO»

DRAMA FANTÁSTICO EN UN ACTO

DE

DON JOSÉ ZORRILLA

TERCERA EDICION




PRECIO: UNA PESETA

MADRID
IMB. TIP. DE E. CUESTA, Á CARGO DE J. GIRALDEZ
*Calle de la Cava-alta*, 5
1886

| PERSONAJES | ACTORES |
| --- | --- |
| **Florinda**.................... | DOÑA MATILDE DÍEZ. |
| **Don Rodrigo**............... | DON JULIAN ROMEA. |
| **Theudia**...................... | DON FLORENCIO ROMEA. |
| **El monje Romano**........ | DON PEDRO LOPEZ. |

NOTA. *Los versos que van marcados con esta señal * s- suprimen en la representacion.*

AL SEÑOR

# N LEOPOLDO AUGUSTO DE CUETO

ENCARGADO DE NEGOCIOS POR S. M. C. EN DINAMARCA

*uerido Leopoldo: Te dedico esta obrilla, cuyo uscrito te envío para que lleves á Dinamarca un erdo de nuestra última entrevista. Al hojearle openhague acuérdate de tu mejor amigo*

José Zorrilla.

*lrid* 3 *de Octubre de* 1847.

# ACTO ÚNICO

Cabaña del monje Romano

## ESCENA PRIMERA

ROMANO

ANO. Señor, Tú, que al más mezquino
gusano infundes aliento
para que pueda contento
cumplir su vital destino;
Tú, cuyo soplo divino
á cuanto crece y respira
fe en tu omnipotencia inspira,
no dejes que sólo el hombre
tu poder tenga y tu nombre
por una inútil mentira.
Fué rey, y se ve sin trono;
noble, y se ve sin honor;
soldado, y perdió el valor.
¿Qué le resta en su abandono?
Doquier cree tu eterno encono
ver; nadie en su mal le abona;
todo el mundo le abandona;
vuelve ¡oh Dios! al que olvidado
se ve rey, noble y soldado,
sin valor, honra y corona.
Jesús, hijo de María,
Redentor del universo,

por el justo y el perverso
espiraste el mismo dia.
Duélete de su agonía,
por la que en la cruz sufriste,
y que no imagine el triste
que si por todos bajaste,
al desdichado olvidaste
y al pecador redimiste.
Mas ya es de noche; el nublado
espesa; brilla la llama
del relámpago; el mar brama
á lo lejos irritado.
¡Infeliz! Él, descarriado,
ni aun verá los elementos
turbarse, y á pasos lentos
cruzando el monte sin tino,
le arrastrará el torbellino
de sus tristes pensamientos.
En fin, Dios cuidará de él.
Nada se puede esperar
de tan intenso pesar
ni de infortunio tan cruel.
Henchido tiene de hiel,
su corazon, y enemigo
siempre invencible, consigo
le lleva siempre. (Escuchando.) Ya creo
que sube... Pero, ¡qué veo!
(Entra Theudia embozado.)
¿Quién es?

THEUD. (Mostrándose.) Un antiguo amigo.

## ESCENA II

ROMANO y THEUDIA

ROMANO. ¡Theudia!
THEUD. Yo soy, buen anciano.
ROMANO. ¡Qué os vuelvo á ver!
THEUD. ¡Ay de mí!

Por imposible lo dí,
mas Dios me dió su mano.

ROMANO. Decís bien, Dios está en todo;
y pues os trae á mi amparo
segunda vez, está claro
que es el mejor acomodo.
Ea, sentaos; tomad
posesion de mi chozuela;
(Siéntase Theudia á la lumbre.)
calentaos; ¿no os consuela
esa llama?

'HEUD. Sí en verdad.

:OMANO. Acercaos más; así.
¿Traereis hambre?

HEUD. De dos dias.

OMANO. Viandas hay, aunque frias.

IEUD. Dadme; aun hay calor en mí
que suplirá al de la lumbre,
y comer frio no daña
á quien trae de la campaña
la privacion por costumbre.

MANO. Entrad, pues, á ese pastel
como si fuera á una plaza
enemiga.

EUD. ¡Buena traza
tiene!

IANO. Pues firme con él.
Aquí teneis un vasijo
con vino añejo de Oporto.

UD. Padre, me dejais absorto.
¿Aquí vino?

ANO. Bebed, hijo;
(Theudia come y bebe.)
gozad el bien que os da Dios,
y aprended que en él tan sólo
no cabe falta ni dolo;
y pues os crió, de vos
cuida su paterna mano,
porque sin su voluntad

no bulle en la inmensidad
ni el átomo más liviano.

THEUD. Anciano, teneis razon,
y nadie en su gran poder
mayor fe puede tener
que Theudia en su corazon.
Sí, padre; yo he visto al hombre
en su agonía mil veces,
y siempre le oí con preces
invocar su santo nombre.
No hay mercader tan infame
ni tan blasfemo soldado
que, por la muerte llamado,
á Dios muriendo no llame.
Y tal vez al pensamiento
que puse una noche en Dios,
debo el hallarme con vos
aquí, y en este momento.

ROMANO. Os creo, Theudia; sin duda
os creo, porque los males
son recuerdos celestiales
con que nuestra fe se ayuda.
¿No más? (Theudia aparta la vianda.)

THEUD. Soy sóbrio, aunque godo;
mas el hambre y el cansancio,
por la pasta y por el rancio,
me han hecho olvidar de todo.
Dios me perdone. Ahora, hermano,
decidme...

ROMANO. No os fatigueis
en preguntas.

THEUD. ¡Oh! ¿Sabeis
de él?

ROMANO. Sí sé.

THEUD. ¡Dios soberano,
gracias! Ya desconfiaba
de volverle en vida hallar.
¿Qué es de él? ¿Qué hace?

ROMANO. Vegetar

como una planta que traba
raíces en un peñon
por un turbion producida,
y espera al peñasco asida
que la arranque otro turbion.
THEUD. ¡Infeliz! ¿Cuánto há que vino?
ROMANO. Tres meses ya. Todavía
era de noche, y dormia
yo aún, cuando un repentino
golpe en la puerta asentado,
estremeció la cabaña.
Tal visita era harto extraña,
y acudí sobresaltado.
Abrí, entró; sombrío, mudo,
avanzó con lento paso;
colgó, sin hacerme caso,
espada, casco y escudo
en el pilar; se metió
en la pieza que ocupaba
la otra vez, y como estaba,
sobre una piel se tendió.
Durmióse al punto. ¡Ay de mí!
¡Cómo venia el cuitado!
Herido, roto, embarrado...
lloré cuando tal le ví.
Llaméle, mas no dormia.
Fuerza febril le sostuvo
hasta llegar; mas cuando hubo
el fin que se proponia
tocado, le abandonó
su vigor calenturiento,
y en un aletargamiento
anonadado cayó.
La hambre, el pesar, la fatiga,
que al par en él presa hicieron,
ví que á la par le rindieron.
Con solicitud amiga
desnudéle, y le abrigué
de unas pieles al calor;

espirituoso licor
vertí en su boca, y dejé
que con el sueño cobrara
las fuerzas que abandonado
le habian; me eché á su lado,
y esperé á que despertara.

THEUD. ¡Oh, buen amigo, dejad
que os bese la noble mano!

ROMANO. Él infeliz, yo cristiano,
cumplí con la caridad.

THEUD. ¡Bendígaos Dios!... Mas, seguid,
seguid.

ROMANO. El sol se ocultaba
ya, cuando él se despertaba
poco á poco.

THEUD. ¿Y qué hizo?

ROMANO. Oid.
Tendió una vaga mirada
en torno de sí; me vió,
y el infeliz sonrió
sin poder decirme nada;
porque al hallar un amigo
que lloraba junto á él,
su suerte vió menos cruel,
y echóse á llorar conmigo.

THEUD. ¡Oh! Se comprende muy bien.

ROMANO. Vistióse; tomó alimento,
y oramos por un momento.
Hízolo él como quien
pone en Dios una fe santa,
y en alas de su oracion,
entero su corazon
al trono de Dios levanta.
Tranquilo despues le ví,
y tendiéndome la mano,
dijo: Ya lo veis, hermano,
vuelvo á vos, mirad por mí.
De entonces acá, ni aun tiene
voluntad; orad le digo,

y se arrodilla conmigo;
id ó venid, y va ó viene.
THEUD. ¿Y nunca os dijo...?
ROMANO. Jamás;
como en el tiempo pasado,
en silencio se ha encerrado,
y yo nunca quise atrás
la vista hacerle volver,
por no renovar la herida
que el recuerdo de su vida
le debió en el alma hacer.
Mudo así, pero tranquilo
vive, y tengo á buen consejo
dejarle como le dejo
vivir, quieto en este asilo.
Mi hospitalidad recibe
con gratitud; no desdeña
bajar al monte por leña,
sacar agua del aljibe,
encender fuego, arreglar
los trastos de la cabaña;
nada le ofende ni extraña;
conmigo vive á la par,
y todo á ambos es comun.
Para él pedí á mi convento
más nutritivo alimento;
se lo sirvo; pero aun
no ha dado señal ninguna
de ver si hay más que agua y pan;
come de lo que le dan,
sin notar mudanza alguna.
Mas á veces, como á impulso
de algun vértigo arrastrado,
sale desatalentado
de la cabaña, y le llamo
en vano; de risco en risco
huye montaraz, arisco,
como un acosado gamo
que huyendo va del ojeo,

y metido en la espesura
se está, hasta que cierra oscura
la noche. ¡Ay! Entonces veo
en su cara macilenta
y el cansancio que le abate,
las huellas de la tormenta
interior que le combate.
Le hago orar, y se consuela;
mas bajo el sayo eremita
la sangre real se le irrita
y el corazon se revela.
Hoy tarda ya. El desdichado,
hoy como nunca sombrío,
me dijo: «Orad, padre mio,
por este desventurado.
Orad más que ningun dia
hoy, porque yo os aseguro
que es el dia más oscuro
que hay en la existencia mia.»

THEUD. ¿Hoy? ¿Quién sabe el dia fijo
á su recuerdo más cruel?
¡Son tantos! Padre, por él
oremos.

ROMANO. Oremos, hijo.

(Al irse á arrodillar ambos, Theudia, que escucha, detiene al Ermitaño.)

THEUD. Mas aguardad un momento,
pues, ó me engañó el oido,
ó á lo lejos he creido
oir un grito.

ROMANO. Fué el viento
de la tempestad acaso.

(Abre la puerta del fondo; se ve relampaguear.)

Ved cómo el nublado avanza.

THEUD. Mi oido es fino, y alcanza
de alguno que sube el paso.

ROMANO. Teneis razon; es su huella,
la reconozco.

(Oyese muy á lo lejos un grito lúgubre.)

THEUD. ¡Dios santo!
¿Qué grito es ese?

ROMANO. Es de espanto,
de agonía.

THEUD. ¡Ah si se estrella
algun barco!

ROMANO. Vamos, pues,
al mar; tal vez tiempo haya
de atraer hácia la playa
al náufrago, si lo es.

(Romano y Theudia van á entrar, Romano delante.—Don Rodrigo sale al mismo tiempo, y encarándose sólo con Romano, sin reparar en Theudia, le dirige la palabra.—Theudia permanece en el fondo.)

## ESCENA III

DICHOS y DON RODRIGO

ROD. Padre, no os movais de aquí;
no, no es náufrago el que grita.

ROMANO. ¿Quién es?

ROD. La sombra maldita
que viene detrás de mí.
Cerrad, cerrad.

ROMANO. Son antojos
que os forja algun desvarío.

ROD. No; oí su voz, padre mio,
y la he visto por mis ojos.
Como un pájaro marino,
como un vapor avanzaba
por sobre el mar, que la daba
sobre sus ondas camino.
A la torba claridad
de un relámpago la ví.
¡Maldita sombra! ¡Ay de mí!
Me la trae la tempestad.

(Don Rodrigo se sienta junto á la lumbre, tapándose la cara con las manos.)

ROMANO. (A Theudia.) Aun no ha reparado en vos;
no os movais de ahí.
(A Don Rodrigo.) Hijo mio,
con ese vértigo impío
luchad; acudid á Dios.

ROD. ¡Ay, padre! Dios no me escucha,
y á Satanás á la tierra
ha enviado á moverme guerra,
y es desigual esta lucha.
Yo á todo mi ánimo apelo,
pero por grande que sea,
¿quién, quién á un tiempo pelea
contra sí mismo y el cielo?
Ya os he dicho esta mañana
que hoy era mi dia aciago,
y témome algun estrago
contra el que mi fuerza es vana.

ROMANO. Indigna supersticion,
hija de la fantasía.

ROD. Del acíbar que se cria
en mi triste corazon.
Hija de la sangre amarga
que por celestial sentencia
envenena mi existencia,
cuanto más triste, más larga.
¿Qué me resta ya que hacer?
Llamé al cielo, y no me oyó;
me mostré á la tierra, y no
me quiso reconocer.
Sí, sí; esta es la misma hora
del crímen; este el fatal
dia de tan criminal
aniversario, y ahora
la sombra debe venir
á mis puertas á llamar,
sin que la pueda ahuyentar...
dejadme, pues, sucumbir.
Del Africa viene, sí;
yo la he visto balancearse

sobre el agua, y acercarse
á la playa contra mí.
¿No habeis oido en la calma
nocturna un horrendo grito?
Fué el espíritu maldito
que viene á pedir mi alma.

ROMANO. Serenaos, Don Rodrigo.

ROD. Jamás me llameis así;
bajo este nombre perdí
todo cuanto tuve amigo.
Solo en la tierra me hallo;
pereció cuanto leal
era á ese nombre fatal,
¡hasta mi último caballo!

(Don Rodrigo se levanta, trasportado por los recuerdos á los tiempos pasados. Varía de carácter, hasta volver á caer en su desvarío al fin de esta escena.—Depende del actor.)

Un generoso corcel,
con paramentos de malla;
todo un corcel de batalla.
¡Qué bizarro iba yo en él!
Sobre él, de venganza rayo,
encerrado en mi armadura,
llegué en una noche oscura
al campo de Don Pelayo.
Con él, al pié de una encina,
pasé aquella noche horrenda,
y abrigo, falto de tienda,
le dí con mi capellina.
Apenas el alba nueva
por el Oriente asomaba,
ya sobre él caracoleaba
por las márgenes del Deva;
y al escuchar los clarines
del feroz morisco bando,
su noble raza mostrando,
bufó, y erizó las crines.
Al combate me lancé

sobre él; con él me metí
entre los moros, y á mi
sabor los alanceé.
Tras de su tropel impío,
cuando ya huian deshechos,
tenaz se arrojó de pechos
conmigo en mitad del rio.
La corriente nos llevó;
llegué yo, hiriendo y matando,
hasta Causegadia, cuando
el monte se desplomó.
Cuantos arabes delante
llevaba, huyendo de mí,
se sepultaron allí,
bajo el peñasco gigante.
Mas de entre el golfo de espuma
que alzó el peñon desplomado,
sacóme á la orilla á nado,
flotando como una pluma.
Allí dí en tierra con él,
rendidos al fin los dos;
yo tendí la diestra á Dios,
y la siniestra al corcel.
Leal junto á mí yacia,
y al ir perdiendo el sentido,
me apercibí conmovido
que la mano me lamia.
Era el amigo postrero
que tenia, y yo pensaba.
que á par de él aun espiraba,
si no rey, buen caballero.
¡Mas Dios no lo quiso así!
Al volver de mi desmayo,
de las gentes de Pelayo
cercado en torno me ví.
Halláronme al explorar
el campo al siguiente dia.
¡Más hiel allí todavía
restábame que apurar!

Pelayo me dijo: «Amigo,
¿quién eres? Por tí vencí.»
Yo ufano, ¡necio de mí!
contesté: «Soy don Rodrigo.»
Todo el mundo se echó atrás
con horror, y replicó
Don Pelayo: «Ya se hundió,
para no alzarse jamás,
Don Rodrigo, y de su nombre
no habrá ya rey en España;
mas tú has hecho en la campaña
cuanto puede hacer un hombre,
y en premio de tu valor,
á faz del pueblo te abono
yo; libre eres, te perdono
por lo bravo lo impostor.»
De sangre con una venda
cegó mis ojos la ira
al oir que de mentira
era mi palabra prenda.
Quedé inmóvil de coraje,
y teniéndome por loco,
dejáronme poco á poco
á solas con tal ultraje.
¡Solo aquella vil canalla
por quien lidié me dejó!
Mas no estaba solo, no;
mi fiel corcel de batalla
pacia en una ladera;
sobre la silla me eché,
el acicate le hinqué,
y se lanzó á la carrera.
Pensé en vos y en Lusitania,
y hacia vos me dirigí;
mas era sino ¡ay de mí!
perder en mi ciega insania
todo cuanto me era fiel!
¡En mi vértigo infernal,
me olvidé que era mortal

mi desdichado corcel!
Desbocado le traia
dia y noche, sin cesar.
A mí la hiel del pesar
de alimento me servia
del universo enemigo
para huir; mas á él, que no,
¡noble animal! espiró,
y con él mi último amigo.

(Don Rodrigo, al volverse, da con Theudia, que se ha puesto de rodillas á su lado á sus últimas palabras, y que le dice:)

THEUD. Señor, aun os quedo yo.
ROD. ¡Theudia!
THEUD. No echeis un caballo
de menos; mientras yo viva,
aun la fortuna no os priva
de un amigo y de un vasallo.
ROD. Alza, y que yo te reciba
en mis brazos. ¡Ay! Creí
que tú tambien, como todos
ingrato, harias allí
causa comun con los godos,
volviéndote contra mí.
THEUD. ¡Yo contra vos hacer bando!
No; si ante vos estallando
la tierra se nos derrumba,
para entonces yo os demando
la mitad de vuestra tumba.
ROD. Sí, te reconozco bien;
tú solo fueras capaz
de mirarme sin desden.
THEUD. Y de vengaros tambien
del mundo entero á la faz.
ROD. Mas, ¿cómo hiciste jornada
hácia aquí?
THEUD. Allá en Covadonga,
viendo que era hombre de espada,
me pusieron de avanzada
por la noche. Que me exponga

yo más que estos, justo es,
me dije; soy un soldado,
y no hay completo un arnés
en campo tan mal armado;
de faccion quedéme pues.
Creí juntarme con vos
á la aurora; mas la lucha
se trabó antes; yo os fuí en pos,
pero la gente era mucha,
y quiso apartarnos Dios.
Caí herido; de un paisano
lleváronme á la cabaña;
y cuando ya me ví sano,
volviendo al campo de España,
nuevas de vos pedí en vano.
Mas comprendí que vivíais
por un soldado que habló
de uno que por rey se dió;
y juzgando que os vendríais
aquí, tras vos eché yo.
Orillas del Duero dí
con los huesos de un corcel;
cerca los pedazos ví
de un arnés; fijéme en él,
y el vuestro reconocí.
¿No viniste, pues, por mar?
No, y que lo penseis me asombra.
¿Conque al llegar yo...?
                                        De entrar
acababa.
                   ¡Horrendo azar!
¿Qué hay?
                      ¡No eras tú aquella sombra!
Señor...
                 Dejadnos, anciano,
á solas por un momento.
(A Theudia.) Idle, por Dios, á la mano.
(A Romano.) Yo procuraré con tiento
calmar su espíritu insano.

## ESCENA VI

DON RODRIGO y THEUDIA

ROD. ¡Theudia!
THEUD. Señor.
ROD. Escúchame. Tenia
sed de volverte á ver, de hablar contigo,
porque tú ves la desventura mia
tan inmensa cual es; porque testigo
de mi poder y de mi gloria un dia,
tú sólo puedes consolarme amigo;
*porque rey, necesito un caballero,
*no un monje en mi pesar por compañero.
THEUD. *Es un siervo de Dios.
ROD. *Mas nunca ha sido
*ni soldado ni rey; ni nació godo;
*ni vió jamás su nombre escarnecido
*y su honor arrastrado por el lodo;
*ni se vió de su pueblo maldecido,
*y rechazado, en fin, del mundo todo.
*¿Qué decir puede semejante amigo
*al inmenso dolor de don Rodrigo?
*Nada.—Siento exaltarse mi cabeza
*en esta soledad, y se enloquece
*débil ya mi razon. Sí; la pereza
*de esta vida inactiva me enflaquece.*
Theudia, bullir en mi cerebro siento
mil siniestras imágenes, que aumenta
como una inundacion cada momento.
THEUD. Quimeras son con que Satán os tienta.
ROD. ¡Pero odiosas, proféticas acaso!
¡Tentaciones horribles que no puedo
vencer!—¡Qué vida tan horrenda paso,
Theudia!—¡Ah, no me abandones! Tengo miedo.
THEUD. ¡Miedo, señor! ¿De qué?
ROD. Theudia, de todo;
de todo cuanto siento y cuanto miro;

de todo cuanto lleva un nombre godo;
de Dios, de mí, del aire que respiro.

THEUD. ¿De Dios? ¿No es infinita su clemencia?

ROD. Y tambien su justicia. *¿Crees que alcanza
*un dia de forzada penitencia
*el rayo á detener de su venganza?
*No; un reino entero pereció á mis manos
*por mi crímen fatal, y un pueblo entero,
*esclavo de los fieros africanos,
*venganza pide contra mí... y yo infiero
*que Dios se la ha de dar!—La tierra hispana
*tinta en la sangre de mi pueblo humea,
*sangre doquiera que la huella mana;
*¡sangre por mí vertida!*—Hay una idea
arraigada en mi mente, una profunda
conviccion en mi seno guarecida,
en que mi sino proverbial se funda,
y que es, Theudia, el tormento de mi vida.

THEUD. *¡Supersticion!

ROD. * Tal vez; pero se aferra
*más cada dia al corazon; se extiende
*más cada dia por mi mente, y cierra
*más mi horizonte á cada punto; atiende.
*Es la ley celestial; sobre la tierra
*abre Dios un infierno al rey que vende,
*cual yo, á sus pueblos; á este rey malvado
*le señala un espíritu, que impío
*le acosa, al pueblo hasta dejar vengado;
*y yo siento ese espíritu á mi lado
*que venga de su rey al reino mio.*

THEUD. ¡Supersticion!

ROD. No, no; yo sé, yo creo
que, de Dios mensajero, tras mí vaga
místico sér que por doquier me amaga
y por doquiera junto á mí le veo.

THEUD. ¿Mas quién es ese sér?

ROD. No sé; un fantasma
que marcha tras de mí cuando camino;
su huella siento, y de terror me pasma;

va á mi lado, es mi sombra, mi destino.
Escucha. A veces, á la luz postrera
del dia, bajo hácia la mar; me place
verla estrellarse humilde en la ribera,
al triste son que con sus hondas hace.
¿Qué busco allí? No sé. Voy arrastrado
allí por un instinto poderoso,
á esperar al fantasma, amedrentado;
porque le temo, aunque le busco ansioso;
y no en vano. Del Africa viniendo,
acercarse le veo de ola en ola,
su caprichosa oscilacion siguiendo,
la playa hasta tocar callada y sola.
Huyo al verle llegar, y me parece
(yo no sé si es el viento que murmura),
mas creo que se rie y me escarnece,
y en lengua que no sé, volver me jura.

THEUD. ¡Mísero!

ROD. Hoy le esperé; del horizonte
destacarse le ví, crecer, llegarse
más que nunca visible; huí hácia el monte,
mas mi sangre sentí paralizarse
cuando le oí lanzar hondo lamento
que estuvo en tierra para dar conmigo,
y gritarme le oí: «*¡ Vuelve, Rodrigo!*»
Y esta vez fué su voz, no la del viento.

THEUD. Fué, señor, vuestra loca fantasía;
fué que la soledad y la abstinencia
exaltan vuestra mente cada dia
más, y os minan la frágil existencia.

ROD. *Theudia, ya te he dicho; esta es la hora
*del crimen; es el de hoy el mismo dia
*del año, y esa sombra vengadora
*sale hoy á reclamarme del abismo.*
El eco de su voz en mi memoria
toda entera evocó la edad pasada;
sí, todo cuanto fué, toda mi historia,
fué voz por un espíritu lanzada.

THEUD. Fué voz por vuestro espíritu forjada.

ROD. ¡Ah! Lo ignoras tal vez. Hoy ha diez años
que á Florinda ultrajé. (Theudia va á hablar; don Rodrigo le pone la mano en la boca.) No lo repitas.
Hay en la soledad ecos extraños
que te devolverian mis malditas
palabras... pero sábelo; á esta hora...
en mi palacio de Toledo.,. aun veo
aquella escena amante, abrasadora;
veo aun su rostro virginal que llora...
y aun ¡sacrílego amor! que la amo creo.
HEUD. * ¡Señor!
OD. * ¿Tú alguna vez en el seguro
* recinto del palacio no la viste?
IEUD. * Jamás la conocí; ¡mas la maldigo!
D. * ¡Theudia!—Inocente fué; yo te lo juro.
EUD. * Pero os perdió su amor.
D. * ¿Quién le resiste
* cuando Dios nos le da para castigo?*
EUD. ¡Infeliz!
D. ¡Lloras, Theudia! Te comprendo;
te inspiro compasion.
EUD. * Señor, si lloro,
* es porque vos no veis, y yo estoy viendo
* que Dios, que de piedad es un tesoro,
* á vos me guía por su propia mano,
* porque guíe desde hoy vuestro destino,
* porque os recuerde yo que el sér humano
* tiene su origen en el Sér divino.
* Avergüénceos, pues, vuestra locura;
* los ojos levantad al Dios que dijo:
* «Venid á mí en las horas de amargura;
* padre, os perdono en nombre de mi hijo.»*
Necesitais trabajo y ejercicio;
las fieras de las selvas nos convidan
á sacudir de la pereza el vicio,
y así echareis las sombras que se anidan,
de la inercia á favor, en vuestro juicio.
¿Recordais que sois rey? Hé aquí un vasallo.
¿Que sois harto infeliz? Hé aquí un amigo.

¿Cenobita os haceis? Como batallo
rezo; mandad, llorad, orad conmigo;
pronto á partir con vos la vida me hallo;
tendreis en mí un esclavo, don Rodrigo;
de cuanto vuestro fué, yo solo os quedo,
mas aun sois para mí rey de Toledo.
Mientras que viva yo, vuestra ventura
seguiré, atado siempre á vuestra huella;
si os condena la suerte á vida oscura,
no ha de faltaros, pese á vuestra estrella,
ni un vasallo que os cave sepultura,
ni un amigo leal que os llore en ella;
y siempre queda mundo, don Rodrigo,
al que le queda Dios y un buen amigo.

ROD. Theudia, tienes razon; Dios te me envía
cual hora de consuelo y de bonanza
en la borrasca de la angustia mia,
cuál iris mensajero de esperanza;
tienes razon; tú irás siempre conmigo.

THEUD. Siempre.

ROD. Y emprenderemos otra vida
mejor para mi espíritu.

THEUD. Y os digo
que cobrareis vuestra quietud perdida.

ROD. Batiremos el monte.

THEUD. Y volveremos
con hambre á la cabaña.

ROD. Y de la lumbre
al amor, de otros tiempos hablaremos.

THEUD. Y oraremos tambien.

ROD. Tengo costumbre
de orar al acostarme.

THEUD. Pues lo haremos
juntos todas las noches.

ROD. Me temia,
Theudia, que el campamento...

THEUD. ¿Lo cristiano
en mí amenguara? ¡Oh, no! Con alegría
sufro, y tengo fe en Dios.

ROD. (*Con amargura.*) ¿La corte mia
frecuentaste?
THEUD. Jamás; noble he nacido,
mas vivir en la corte no he querido
nunca.
ROD. Por ese crees, y el alma pura
conservas y leal.
THEUD. Es lo que ahora
necesita, señor, vuestra amargura;
fe cierta, y lealtad consoladora.
Mas se hace tarde; reposad tranquilo
esta noche, señor, y nuestra nueva
vida mañana empezará. Este asilo
es seguro, y no hay nadie que se atreva
á penetrar en esta selva.
OD. Pero
si esta noche...
HEUD. El pavor echad del alma;
yo estoy con vos, y yo soy un guerrero.
OD. ¿Mas ya no te me irás?
HEUD. Dormid en calma,
señor; yo velo aquí.
OD. No; estás rendido
de fatiga; esta noche necesitas
reposo tú. Mi lecho muy mullido
no es, mas yo te le doy con infinitas
albricias por tu vuelta.
HEUD. ¿Y vos?
OD. Un rato
quiero estarme á la vera de la lumbre
conmigo mismo á solas.
HEUD. Mas...
OD. Ingrato
el sueño huye de mí, y es mi costumbre
recogerme á altas horas.
EUD. Hoy, empero,
no tardareis.
D. No á fe, que con el dia
te pienso despertar. Ve, pues; lo quiero.

THEUD. Os obedezco.
ROD. Ve, y en mí confía;
yo te despertaré.
(Va don Rodrigo á sentarse á la lumbre; Theudia, contemplándole, dice desde la puerta, levantando los ojos al cielo:)
THEUD. ¡Dios justiciero,
yo adoro tu piedad! Si tardo un poco,
desventurado rey, le encuentro loco.

## ESCENA V

DON RODRIGO solo

ROD. ¿Y por qué si feliz ser ya no puedo,
con Dios no viviré y conmigo mismo
en paz? Bien dice Theudia; sí, mi miedo
sólo es supersticion, sonambulismo.
*¡Lejos de mí quiméricas visiones!
*Ellos reposan en la tumba todos,
*y la tea apagó de las traiciones
*el huracan que dispersó á los godos.
*En mí acabó mi raza; fué sentencia
*del sumo Dios, que condenó al misterio
*de oscuridad perpétua mi existencia;
*mas lo que vale me mostró el imperio.
*Señor, yo acato tu poder, y acepto
*mi sacrificio entero. Si no pura,
*obediente mi alma á tu precepto,
*el cáliz beberá de su amargura.*
Sí; muerto para el mundo, en la montaña
viviré de la cruz bajo el abrigo,
y arrostraré la execracion de España
en nombre del que fué rey don Rodrigo.
FLOR. (Dentro.) Don Rodrigo.
ROD. ¡Dios mio! ¿Quién me nombra?
(Ábrese la puerta del fondo, y á la luz de un relámpago se presenta Florinda, desmelenada y las ropas en desórden. Este personaje es altamente fantástico, y la determinacion de su carácter en la escena depende solamente de la actriz.

Florinda presenta en su fisonomía, en sus miradas y en sus acciones, la vaguedad de la locura y la exaltacion de la fiebre. Contesta maquinalmente, y no se fija en nada más que en el fuego, junto al cual se coloca con el placer de un loco que logra el capricho de su demencia, hasta que calmándose poco á poco, entra lógicamente en el sentido de la escena.)

## ESCENA VI

DON RODRIGO y FLORINDA

OD. ¡Una mujer!
LOR. (Fijándose en la lumbre.) Aun arde; á tiempo llego.
(Siéntase Florinda al lado del fuego, gozando de su calor con insensata avidez.)
OD. ¿Qué traeis? ¿Qué buscais?
LOR. Sed, frio, fuego.
OD. ¿Mas quién sois?
OR. Nadie ya; soy una sombra.
OD. ¡Sombra! ¿Quién me la trae?
OR. La mar, el viento.
OD. ¿Y de dónde?
OR. Del Africa.
D. ¡Es la mia!
¡Ah! ¿Qué quiere de mí?
OR. Vida, alimento.
¡Agua!... Tengo el temblor de la agonía.
¡Agua!
D. ¡Ay de mí! Yo creo que deliro.
OR. ¡Agua!... la calentura me sustenta,
y en el momento en que me deje espiro.
¡Agua!
D. Ahí la tienes. (Señalando una vasija.)
R. (Despues de beber.) Gracias. Dios en cuenta
te lo tenga, buen hombre; ¡qué cansada
estoy!... á esos peñascos he trepado
por este fuego y esa luz guiada.
Temí que me la hubieras apagado.

¡Qué agradable calor! ¡Cómo consuela!
Allá en la oscuridad, ¡qué frio hacia
sobre la mar! Pues ¿y en el monte? Hiela.

ROD. ¡Sobre la mar!

FLOR. Sin duda; yo venia
todas las noches á esta playa.

ROD. ¡Todas!

FLOR. Todas. Todas las noches de seis años,
siempre viendo pasar las naves godas
ante mí, y yo ¡qué afan! presa entre extraños.
Porque yo estaba en Africa cautiva,
allá en un torreon... sobre una roca
que daba al mar... mas ya no estaba viva.

ROD. ¿No estábais viva ya?

FLOR. No; estaba loca.
Yo lo sabia bien, porque sentia
que la razon se me iba por momentos;
mas el dolor con la razon huia,
y gozaba en mis locos pensamientos.
Un dia mi señor trajo á un anciano
á la torre, y mostrándome, le dijo:
«Héla ahí». El viejo me tomó la mano,
é hizo de mí un exámen muy prolijo.
Aquel viejo era un sabio. ¡Pobre esclava!
(decia), mis pronósticos son ciertos;
esta es la fiebre que la vida acaba.
¿Nadie la curará? le preguntaba
mi señor... Yo afanosa le escuchaba.
Y el viejo contestó: Tal vez los muertos.
Si el rey que la infamó resucitase;
si á su edad virginal volver pudiera,
á su patria, á su amor, cual si tornase
de un ensueño, tal vez en sí volviera.
Tán sólo esta impresion desesperada
la podria curar. Mas id con tiento;
pues sólo por la fiebre alimentada,
cuando la deje, morirá.—Y ya siento
que se va poco á poco.

ROD. ¡Desdichada!

El eco de su voz ¡ay! me estremece,
mas me atrae como imán; no sé qué encanto
siniestro tiene para mí; es el canto
traidor de una sirena que adormece.

FLOR. Vivifica esta llama; bien has hecho
en no apagarla. Mira, me devora
la fiebre... me consume hora por hora
la vida... Mas percibo que mi pecho
se fortalece á su calor un poco;
muy poco, porque tiene mi existencia
un plazo fijo, y á su extremo toco.
Hoy moriré tal vez; es mi sentencia.

ROD. ¡Hoy!

FLOR. Hoy, que es dia aciago. Tú no puedes
comprenderlo, es verdad; pero yo quiero
que lo comprendas. Oye: en las paredes
de mi prision habia un agujero
que daba sobre el mar. Desde él veia
siempre atada una barca en la ribera
que encima de las hondas se mecia,
é imán eterno de mis ojos era.
En ella sobre el mar iba y venia
todas las noches yo; me aproximaba
á estas playas; en ellas percibia
un sér de quien soy sombra; le llamaba;
venia... mas mi barca se volvia
á Africa, y yo volvia á ser esclava.

ROD. ¿Veníais á esta playa en las tinieblas?

FLOR. ¿Te he dicho eso? ¡Ja! ¡Ja!... No; lo soñaba.

ROD. ¡Lo soñábais! ¿Mas hoy...?

FLOR. Hoy en las tinieblas
nocturnas descendí de la montaña.

ROD. ¿Mas cómo?

FLOR. Como sombra; por el viento.
Rompió la tempestad, y en un momento
mi hermano el huracan me trajo á España.

ROD. ¿Vais á España?

FLOR. ¿Pues qué, no estoy en ella?

ROD. Aun no.

FLOR. ¿Conque es decir que ya no puedo
esta noche llegar?
ROD. ¿Dónde la huella
queríais dirigir?
FLOR. Voy á Toledo.
ROD. ¡A Toledo! ¿Y á qué?
FLOR. Allí he nacido.
ROD. Yo tambien.
FLOR. Allí fuí rica y querida.
ROD. Yo tambien.
FLOR. En su alcázar he vivido.
ROD. Yo tambien.
FLOR. Allí amé, mas fuí vendida.
ROD. Tambien yo.
FLOR. Una corona allí he perdido.
ROD. Yo tambien.
FLOR. Y allí, en fin, perdí mi vida.
ROD. (Dadme fuerzas, Señor; luz en su mente
derramad, y abreviad este suplicio.)
¿Conque morísteis?
FLOR. Dí, ¿vive realmente
el que pierde el honor, la fe y el juicio?
ROD. No vive, no.
FLOR. Pues bien, yo estoy ya muerta;
mas soy mi sombra, y á merced del viento
sobre la tierra voy vagando incierta,
porque un secreto revelarle intento.
ROD. ¿A quién?
FLOR. Al rey.
ROD. ¿A cuál?
FLOR. Al de los godos.
ROD. ¿Y qué vais á decirle?
FLOR. Es una historia
que él solo entenderá; no es para todos.
Nadie la sabe aun; en mi memoria
vive no más; y mira, he canecido
sólo por conservarla en ella escrita;
por ella mi nacion me ha maldecido,
y por ella mi raza está maldita.

ROD. Y la mia tambien.

FLOR. Odio, detesto
cuanto fui.

ROD. Yo tambien.

FLOR. Hasta el cariño
de los que sér me dieron, y el honesto
pudor de virgen y el candor de niño.
Oyela pues, entera la recuerdo,
mas no me la interrumpas; esta fiebre
me abandona, y tal vez si tiempo pierdo,
al par mi historia con mi sér se quiebre.

ROD. Habla.

FLOR. Yo era una flor que cultivaba
un rey en el jardin de su palacio;
con solícito afan él me cuidaba,
y yo con mi perfume embalsamaba
de su real corazon todo el espacio.
Era aquel rey galan, rey de las flores,
y una elegir debia para esposa;
yo era entre ellas la flor de sus amores...
¡mas Dios me hizo brotar de los traidores
tallos de una letal flor venenosa!
Aquella flor de quien nací capullo,
en vez de contemplarme con orgullo
hija suya por ser y la elegida,
del aura de la envidia oyó el arrullo,
y envidió mi favor y odió mi vida.
Iba de noche el rey enamorado
al jardin, mientras yo casta plegaba
mis hojas sobre el cáliz delicado,
y él en silencio, y á mis piés echado,
con el aroma de mi amor soñaba.
Si en la sombra hácia mí tendió la mano,
tropezó de mi honor con las espinas;
porque yo frágil flor, y él rey liviano,
recelé y me previne... y no fué en vano.
Una noche... espesísimas cortinas
de tinieblas velaban tierra y cielo;
tendióme el rey la mano; el aura errante

inclinó á mi rival hacia adelante;
no halló espinas el rey, y con anhelo
de la traidora flor gozó ignorante.

ROD. ¡Ah!

FLOR. Y al siguiente dia audaz, risueño,
confiado, mis hojas purpurinas
vino á besar con amoroso empeño;
yo ajena á la traicion hecha en mi sueño,
cerréme, y dí á sus labios mis espinas.
Indignó al rey galan mi fantasía,
y viendo que de noche flor liviana
á su liviano amor correspondia,
desairándole hipócrita de dia,
me deshojó á la fuerza una mañana.

ROD. ¡Ah! Comprendo, infeliz, tu horrenda historia.

FLOR. ¡Imposible!

ROD. Recobra tu memoria;
de tí las nieblas del delirio aparta;
respóndeme... Una noche á tu aposento
fué el rey tras el perfume de una carta.

FLOR. No era mia.

ROD. En la sombra el suave aliento
sintió de una mujer.

FLOR. El mio no era.

ROD. Su mano halló otra mano.

FLOR. No era mia.

ROD. ¿Cuál era, pues, la flor que el rey cogia?

FLOR. La que el aura inclinó porque él la asiera.

ROD. ¿Cuál la que deshojó con mano fiera?

FLOR. La que en su cáliz virginal dormia.

ROD. ¡Ah! De una vez tus pensamientos fija;
tú la inocente flor, ¿quién fué la rea?

FLOR. De su tallo nací. (Con misterio.)

ROD. ¡Maldita sea!

FLOR. ¡Es mi madre! (Con espanto.)

ROD. De tigres eres hija.

FLOR. Y tú que la maldices, tú, ¿quién eres?

ROD. ¿Quién he de ser sino quien fué contigo
de su generacion plaga y castigo?

FLOR. ¡Tú!...
ROD. Mírame.
FLOR. ¿Eres tú?
ROD. Mira te digo.
FLOR. ¿Tú... el rey infamador de las mujeres?
ROD. ¡Tú Florinda infeliz!
FLOR. ¡Tú don Rodrigo! (Pausa.)
Mi alma se va... la vida me abandona.
Sí; de nuevo la luz brilla en mi mente;
recuerdo... reconozco... me perdona
sin duda Dios.
OD. (Acercándosela.) Florinda.
LOR. (Rechazándole.) ¡Atrás! Detente.
Yo no soy la mujer que hundió tu trono;
yo soy mi sombra, que pasó á tu lado,
al volver á su tumba, solamente
para decirte: «¡Adios, rey desdichado!
Yo de tu crímen, víctima inocente,
blanco seré de universal encono
y execracion de la futura gente;
mas el juicio de Dios tengo en mi abono.»
D. ¡Florinda!
OR. Aparta... tentador... el alma
se separa del cuerpo... dulcemente
la tierra huye de mí... yo la abandono
sin pesar... siento en mí la dulce calma,
la paz, la sombra del sepulcro...
D. ¡Ah!
OR. ¡Tente!
¡Hasta la eternidad! ¡Yo te perdono! (Cae.)
(Asoma Theudia.)
D. No hay perdon para mí; yo le rechazo.
¡Tierra de maldicion, libre muy presto
vas á verte de mí!

## ESCENA VII

DON RODRIGO, THEUDIA y FLORINDA (muerta)

THEUD. Señor, ¿qué es esto?
ROD. Es que el rayo de Dios de herirme acaba;
que mi vida fatal llegó á su plazo.
THEUD. ¡Una mujer!
ROD. Mi sombra, esa es la Cava.
THEUD. ¡Cielos! ¿Mas dónde vais?
ROD. A la montaña.
THEUD. ¿A qué?
ROD. A buscar en el sepulcro abrigo
del ódio universal contra la saña.
THEUD. Esperádme, señor.
ROD. (Desde la puerta.) Nadie conmigo;
solo en la culpa, solo en el castigo;
la maldicion del cielo me acompaña.
(Cierra la puerta de golpe.)

CAE EL TELON

Madrid.—Estab. tip. de E. Cuesta, á cargo de J. Giraldez, Cava-alta, 5